

# A propósito del arte de construir

Por EMILIO NISIVOCCIA



ENTRE EL 29 DE SETIEMBRE Y EL 15 DE NOVIEMBRE ESTUVO ABIERTA AL PÚBLICO LA MUESTRA MARIO PAYSSÉ O EL ARTE DE CONSTRUIR EN LA SALA MARÍA FREIRE DEL MUSEO JUAN MANUEL BLANES DE MONTEVIDEO. LA EXPOSICIÓN REUNIÓ MÁS DE 200 ORIGINALES ENTRE DIBUJOS, PLANOS, FOTOGRAFÍAS Y OBJETOS PERSONALES ATESORADOS POR LA FAMILIA DEL ARQUITECTO Y, ALGUNOS DE ELLOS, DONADOS HACE POCOS AÑOS A LA FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO DE LA UDELAR.<sup>1</sup>

Es evidente que no le cabe al equipo curatorial hacer balances de la muestra, pero en cambio sí le asiste el derecho de realizar algunos comentarios sueltos, tan mundanos como carentes de autoridad. Empecemos por lo principal: la muestra permitió difundir mucho material, variado e inédito, producido en el estudio de Payssé a lo largo de los años. Con esto se puede decir que la exhibición aportó su grano de arena para el conocimiento de uno de los mejores arquitectos nacidos en Uruguay o, si se prefiere, para el estudio de la arquitectura moderna local vista a través de los ojos de uno de sus protagonistas. De todas maneras en este punto cabe reconocer que aún queda mucho trabajo por hacer en el estudio y la escritura de la arquitectura en el Uruguay. De hecho



la producción letrada todavía es escasa y sobre todo demasiado apegada a sus antecedentes.

Pero además del interés genéricamente historiográfico, parecería que la obra de Payssé tiene algunas condiciones particulares que pueden impactar en los tiempos que corren. En especial se debe remarcar la importancia otorgada por el arquitecto al conocimiento de la disciplina y al manejo del oficio. Dicho en otras palabras, Payssé no fue exactamente un transgresor ni un rupturista, nunca apostó por la desaparición del objeto ni suscribió las tesis más agresivas de la vanguardia, sino que por el contrario fue un cartógrafo —y además muy bueno— del territorio de la Arquitectura. Es decir, de una cultura técnica afinada durante miles de años de historia. Por eso los dibujos y maquetas de Payssé encierran una lección de Arquitectura y la muestra acabó siendo —sin proponérselo, ni soñarlo— una especie de aula instalada en el oeste montevideano y un viaje al lado menos visible, antiguo y

más interesante de la disciplina. Por último todo indica que de la muestra de Payssé —o simplemente de la atmósfera creada por las recientes exposiciones de arquitectura— es posible disparar un paquete de preguntas capaces de alentar algunas discusiones entre las instituciones dedicadas a difundir y abonar la cultura arquitectónica. Es decir, a fortalecer y hacer públicas unas formas de pensar y actuar acumuladas a lo largo del tiempo por un grupo más o menos esotérico.

De esto último ya se desprende el primer problema. Esto es que la arquitectura —y mucho más la arquitectura moderna— no es “evidente de por sí” y por lo tanto necesita construir canales de difusión y elaborar una pedagogía de alcance público. Además, esto de no ser “evidente de por sí” también significa que más allá de los intentos funcionales u orgánicos, la arquitectura es una construcción histórica que nada tiene que ver con el nido de los pájaros o el descubrimiento de verdades eternas, no toca alguna fibra na-

tural ni es comprensible fuera de su círculo hermético. Por lo tanto no vale refugiarse en la utópica “satisfacción de necesidades”, la “divina proporción” o en “valores patrimoniales” increíblemente abstractos: se necesita crítica, creatividad e ingenio y —si fuera necesario— comenzar desde cero. El segundo problema también viene sugerido por la afirmación anterior. Uno de los puntos más débiles del consenso disciplinar consiste en suponer la vigencia en el presente de una cultura sólida y consistente. Algo parecido a un cuerpo de ideas acabado, ordenado, de consenso, y que por lo tanto se puede transmitir. Sin embargo todo indica que las ideas en arquitectura sufren de una erosión idéntica y paralela a la de otros tantos conocimientos generados a lo largo de la historia. Una erosión que —sobre todo— es profundamente moderna. Es decir que habrá que aprender a convivir con las contradicciones, la falta de certezas y evitar atajos y espejismos. Habrá que entender que las modas son algo más que un asalto al templo del





saber y que los problemas de la arquitectura son exactamente los mismos que ha sufrido el trabajo intelectual en los tiempos del capitalismo avanzado: algo así como reivindicar el proyecto e intentar resistir a la fragmentación del pensamiento en millones de esquirolas inconexas.

En tercer lugar siempre se debe recordar la desconfianza, cuando no el profundo rechazo, que provocaron los museos en la vanguardia radical. Para Dadá o el Surrealismo, el arte debía conquistar la vida, la calle y las fábricas, en lugar de permanecer encerrado dentro de estos pequeños paréntesis institucionales, casi tan sagrados y silenciosos como una catedral o un mausoleo. Por eso mismo, el aterrizaje de la vanguardia pictórica en la arquitectura fue una consecuencia lógica de la vieja pretensión romántica de convertir el arte en vida, y para demostrarlo alcanza con citar a Bruno Taut, al grupo de fundadores de la Bauhaus, o a Tatlin, Rodchenko y los constructivistas soviéticos.

Está claro que la arquitectura no sólo supone la construcción de unos pocos y buenos “artefectos” sino más que nada el ejercicio de un arte cívico cuyo objetivo final

-si acompañamos la conocida definición de Aldo Rossi- es la construcción de ciudades, o sea de un tipo particular de territorio que permite la existencia de hombres libres e iguales. Este es el sentido profundamente civilizatorio de la arquitectura y en nuestro contexto significa que las batallas decisivas siempre se libran en la calle. Sería un anacronismo imperdonable probarse el vestuario de la vanguardia y levantar sus banderas más radicales -al fin y al cabo a esta altura de la vida los museos ya no son simulacros del “aura” sino foros de intercambio y difusión- pero también, parece una completa ingenuidad creer que el estatus cultural de la disciplina se valida por su presencia en los sitios históricamente reservados para las artes plásticas. No se debe olvidar que el objetivo último de la disciplina es la construcción física de la realidad y, que en esta batalla, todo indica, que hace tiempo venimos perdiendo terreno.

1 La muestra Mario Payssé o el arte de construir estuvo formada por tres piezas. La primera, la muestra en sí, la segunda, el catálogo publicado por el Museo Blanes y la tercera, una reproducción del tótem construido y diseñado por Payssé para su casa, que pasó a formar parte de los jardines del museo.

La curaduría general fue realizada por Martín Cajade, Mary Méndez, Emilio Nisivoccia y María Noel Viana por el IHA, junto a Martín Craciun en calidad de Curador Asociado.

El tótem fue cuidado y ejecutado por Rafael La Paz, Pablo Villasuso (Estudio Atmósfera) y Niklaus Strobel, con Martín Castro y Sara Tagliatela como asistentes. Además la muestra contó con dos grandes maquetas realizadas por Marcelo Payssé -con Paulo Pereyra, Ximena Echavarría, Andrea Valdez- en el Laboratorio de Fabricación Digital de FADU.

María Camila Castellano y Jimena Germil repararon las maquetas originales, Diego Zorrilla de San Martín realizó los paneles en yeso, Santiago Medero fue el corrector de los textos para el catálogo y la sala, y Mario Bellón fue el encargado de gestionar los recursos y coordinar la producción.

Por último queremos agradecer a todos aquellos que colaboraron en la muestra y en especial a Marcelo Payssé, Jorge Aramendía, María Inés Payssé, Martín Rivero, Felipe Payssé, Santiago Aramendía, Pablo Villar y Federico Lagomarsino. A Gabriel Goldberg, Yoselín Bia y Federico Cal. A los docentes y funcionarios del IHA, SMA y DeplInfo, los funcionarios de FADU y del Museo Blanes. A Cristina Bausero.